

DIARIO DE CAÍN



Carlos Esquivel (Las Tunas, 1968) es poeta, narrador y promotor cultural. Ha publicado los libros: *Perros ladrándole a Dios* (poesía, 1999); *Balada de los perros oscuros* (poesía, 2001); *Tren de Oriente* (poesía, 2001); *Los animales del cuerpo* (cuento, 2001); *Los epigramas malditos* (poesía, 2001); *Fuera del círculo* (poesía, 2002); *Una ventana al cielo* (cuento, 2002); *La Isla imposible y otras mujeres* (cuento, 2002); *El boulevard de los Capuchinos* (poesía, 2003); *La Segunda Isla* (poesía, 2004); *Zona Negra* (poesía, 2005); *Bala de Cañón* (poesía, 2006); *Toque de queda* (poesía, 2006); *Matando a los pieles rojas* (poesía, 2008); *Los hijos del kamikaze* (poesía, 2008); *El libro de los desterrados* (2011); y *Once* (poesía, 2014)

Carlos Esquivel

DIARIO DE CAÍN



De la presente edición, 2016

- © Carlos Esquivel
- © Hypermedia Ediciones

Hypermedia Ediciones
Infanta Mercedes 27, 28020, Madrid
Tel: +34 91 220 3472
www.editorialhypermedia.com
hypermedia@editorialhypermedia.com

Edición y corrección: Hypermedia Servicios Editoriales S.L
Diseño de colección y portada: Hypermedia S. E., S.L

ISBN: 978-1530017133

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Escribió una novela o algo que entendió podría ser una novela, y hablaba de lo que hablan todas las novelas, de todo lo que se puede hablar en algo que podría ser una novela: de un asesino, y de un perdedor, sabiendo que a veces coinciden en un mismo personaje, como aquí sucedía.

Es posible que no haya más memoria que
la de las heridas.
Czeslaw Milosz

Hago una foto y la nube parece un edificio de Manhattan. Es de los rotundos inmuebles que se levantan en *Times Square*, intento sugerirle al aporreador, que restablece sus antiguas fórmulas de trabajo. Una galaxia de edificios carcomidos por la claridad citadina. No es de noche en Nueva York y no es de noche en mi nube.

De noche las nubes se convierten en pálidos esqueletos. No intento retratarlas así, solo pueden di-

simularse como pedazos de polvo alrededor de un brumoso escenario. Así no hay fotos ni arte.

El aporreador ha traído imágenes de tímidas nubes que parecen (y no le agrada mi burla) unos monos abrumados por el calor.

Me dice que está aburrido de hacer fotos como las que hace. Lo consuelo: todo cambia y todo se crea, el cielo (el que vemos arriba de nosotros) es demasiado perfecto para que no lo compartamos.

Es como uno entienda este asunto, dice, y debemos admitir con tranquilidad que podemos desmontar cualquiera de esas imágenes y hacer una especie de diagnóstico artístico. Ves nubes, y ya estás viendo una onda relampagueante, gris, azulosa, verde, cualquier color, cierras los ojos y la luz del gobernador del universo ha creado una verdadera obra que nosotros salvamos. Este es el verdadero arte, virgen, salvaje, prolongado, tembloroso.

Me importa mucho conocer cómo alguien como el aporreador, que por algo de dinero golpea a ciertas personas, puede tener un gusto tierno con estas fotos. Quizás porque es menos asfixiante divorciarse de una única vida, de un simple y mortal negocio de vida.

El joven poeta, el sepulturero y yo íbamos por una avenida de la ciudad y nos encontramos, dentro de un latón de basura, a un niño de siete u ocho meses.

No era que cautivara con su inocencia, embarrada de pedazos de cartones, latas vacías. Solo sus

ojos estaban agrietados o llorosos, pero no significaba que sintiera una pena terrible por él mismo. Eso pensábamos los tres. La inocencia. La inocencia manchada. La inocencia manchada de pedazos de cartones, latas vacías.

Como yo tenía a mi padre bajo mis cuidados, como el joven poeta tenía un perro, como el sepulturero vivía solo, supusimos que estaría bien que lo llevara con él.

Es que muchos han perdido la noción de lo importante que es un niño hoy en día. El joven poeta habló también de los niños abandonados en otras partes de la ciudad. Se estaba convirtiendo en una rechinante costumbre, dijo con pesadumbre. Mañana a mañana aparecían criaturas como esta en otros sitios. Los síntomas o la descripción eran similares: niños de menos de un año, niños que no lloraban.

Media hora de disquisiciones, nosotros a unos metros del latón con el pequeñuelo, los transeúntes pasaban y no querían vernos, y el sepulturero sopesaba las múltiples variantes de convertirse o no convertirse en padre.

Como yo tenía a mi padre en casa, como el joven poeta tenía un perro, como el sepulturero estaba solo decidimos que debía llevarse al niño.

Este será el sepulturero del futuro, habló con emocionada resignación. Pero al avanzar unos cuantos metros nos encontramos con otro latón de basura y dentro a un niño parecido al que traía en sus brazos. Hizo lo que no deseábamos que hicie-

ra. Juntó a los dos niños en el mismo latón. Luego habló de no permitirnos sensibilidades como esas.

Despertar es morir.

Mi padre gruñe porque otra vez algo le duele. Es él quien me ha pedido que lo esconda de las visitas. Lo llevé al sótano y en el sótano se convierte en recluso de sí mismo. No quiere vivir con nadie más, a pesar de que mis hermanos llevan vidas que me atrevo a creer superiores a la mía.

Está enfermo. Más enfermo de lo normal, pero puede conseguir un poco de libertad, aunque para él pocas cosas tienen un nombre lógico.

Si mi vida sigue como va, quizás, en un grado creciente, dejaré de entender que algo le falta para llamarla mi vida. Llamarla «mi vida» es ser más conservador de lo habitual.

Si soy feliz es porque algo he hecho mal, dice mi padre.

Lo observo. Puede que sea así. Una lluvia pastosa cae. Pienso en Cristo: si hubiese sido feliz algo habría hecho mal. No lo comento con mi padre. Hablo de la lluvia, de otros desastres. En días como este prefiero surcar los trayectos lejanos a mí, los que no me pertenecen. Miro a mi padre y él me mira a mí. No puedo evitar cierto grado de compasión, puede que sienta lo mismo. Somos cómplices uno del otro. Se trata de una epopeya cotidiana. No somos los suficientemente culpables para depender, como ya dependemos, el uno del otro.

La muerte es una enfermedad muy rara, dice, ella no existe sin ella misma, ella es la enfermedad y es la cura a la misma vez. El viento se cuele por varias partes y no deja rastro de humedad, ni de frío.

Traje algo de comer a mi padre y no lo probó.

La lluvia arrecia a ratos, una lluvia que aplasta hojas y pequeñas ramas caídas. Es un día ceniciento, vulgarmente triste. Apunto el día con el temor de que no será el único, o el último, que otros días así reemplazarán el rayón minúsculo que significa un día como este.

Declararse locos o mendigos es una de las últimas modas del país y, según algunos, no es una mala opción. Lo creo. Puedo intentarlo. Es solo una forma más altisonante de simular lo que de otro modo uno tiene en vida. Actuar con menor intimidad, de eso se trata. De eso y de columpiar imágenes de la compasión. Si uno decide convertirse en loco o mendigo entonces tiene que creerse que no hay ni habrá mejor loco o mendigo que él mismo.

La idea de volverme loco no parece tan tenebrosa, en eso pensaba hace días. No tan tenebrosa: todo depende de cómo uno pueda administrarla. Siento ansiedad por comparar un estado con el otro, una supervivencia con la otra. Si me vuelvo loco debo poseer la suficiente lucidez para saber que es solo un acondicionamiento de las circunstancias, un pacto cerebral.

Antonin Artaud es el modelo. Artaud escribe en 1925 una excelsa carta a los médicos directores de manicomios: *Sin insistir sobre el carácter perfectamente genial de las manifestaciones de ciertos locos, en la medida en que somos aptos para apreciarlas, afirmamos la legitimidad absoluta de su concepción de la realidad y de todos los actos que derivan de ella. Esperamos que mañana por la mañana a la hora de la visita puedan recordar esto, cuando intenten, sin léxico, conversar con esos hombres sobre los cuales, reconózcanlo, no tienen otra superioridad que la de la fuerza.*

Una burbuja de paz y un torrente de poder, de poder sobre los cuerdos, o sobre los cuerdos que poseen (supuestamente) poder sobre los locos.

¿Cuál es el tamaño real de la locura de Artaud y cuál es la proporción de diferencia con su gran enemiga-amiga, la creación? Lo que quiero pensar es que no existe un grado de independencia entre ellas, sin una no existe la otra, y viceversa. Subversión, frases infectadas por un *ethos* filosófico, la envoltura de un inflado y competitivo desquiciamiento: esos los órdenes de la anárquica lista de endemoniados dementes. Quizás la vida cultural bautice esa intermedia cronología de un ser pensante (y actuante) en un viaje de flanqueo a las costas de la compasión heroica. John Clare y Antonin Artaud se me aparecen como negociantes imperiosos de esta compra-venta de materiales de demencia a bajo precio y de calidad imposible de negar.

Ahora son fantasmas. Y conozco argumentos peores, fascinaciones escandalosas que penetran como una herida en el dolor inundado.

Ya se ha comentado bastante sobre el asunto. La locura en la tragedia clásica griega, las relaciones entre la inspiración divina, el furor poético y la locura en Platón, las ideas sobre el asunto de Shakespeare, Lombroso, y con Shelley, caprichoso y emotivo, esa probable traducción en los excesos del equilibrio creativo, sobre todo en los poetas. Es cosa de demonios. Y de apariencias. Y de no entender que la única cura es la evitable.

Los locos se transforman en cuerdos y los cuerdos en locos. ¿No es ese uno de los murmullos del Apocalipsis?

Bienvenido sea.

A lo que llamamos Dios no lo llamaremos de otra manera. No vive en algún cielo, solo es un Dios hecho de pedazos que arrancamos de nosotros mismos, de nuestras resignaciones, de nuestras culpas, de las insuperables ganas de creer en él y defenderlo. Los años han desgastado su figura política hasta que el obvio entramado simbólico desobedece su propia armadura.

Una carta aburrida (y pueril) de mi madre:

No estoy segura de haber sido una buena madre, lo que no me resulta tan imposible de creer y admitir. Mi

irresponsabilidad estuvo compartida con un hombre que construyó una casa y luego la echó abajo. Son recuerdos, pero ahora no veo ni una nube entre ellos. Lo más triste es que yo no pude levantar esa casa, siendo probable que también ayudase a derribarla. Tuve que marcharme y dejarlos, pero me culpo desde una distinción amarga. ¿Son cosas del pasado? Lo son, y por eso duelen y se acercan más. ¿No hay remedio? No. No culparé a tu padre, él fue una respuesta a ciertos problemas, lo razoné así, y cuando la elección estorbaba, entonces razoné diferente. Quizás una vida sea muy poco para darnos cuenta de que los errores cometidos tienen una finalidad decisiva, siempre influyen sobre el destino de nosotros mismos. Me responsabilizo con todo. ¿Qué quiero a cambio? Eres mi hijo, y puedes ser más accesible. Apuesta por mi evolución. El amor de tu madre.

Mientras bebo me acerco más al paraíso. Ese es el impulso de un sobreviviente demacrado por su condición de sobreviviente, y, lo que es lo mismo, la respuesta a una lealtad, la lealtad del alcohol.

Transformo una frase de Marek Hlasco (donde habla de húngaros ávidos de vodka) y la reconvierto a mi ideario: lo único que une a los intelectuales en mi país es la bebida.

La escena es diferente: cuando bebo navego por aguas turbulentas. No puedo ser un barco varado, con velas caídas.

Nada me une a los intelectualillos de mi país, menos la bebida. La bebida me separa de ellos. In-

cluso, he tomado precauciones: algunos convites de alcohol los comparto con otros que no son como yo (con seres superiores), el sulfuroso sepulturero, el joven poeta y el aporreador.

A veces viene a un visitarme un viejo colega. El hombre que facilita mi trabajo, eso que yo llamo trabajo. A pesar de que su condición social es superior a la mía, a pesar de que posee fuertes conexiones en el gobierno de Dios, para él, sin embargo, las cosas están peor que para mí. Eso me dice. Un escritor convertido en mercenario. Hablamos poco de literatura. Unos complementos pastorales de la sociedad, los tiempos que corren son adversos, convenimos. Es la misma frase que redundamos desde hace mucho.

La frase que comparto con él es la misma que comparto con los otros amigos.

Como en un teatro griego: unos actores, unas sombras, el turbión elíptico de la tragedia. Un tiempo corriendo.

¿Me habían dado electrochoques alguna vez?

A todos nos hacen lo mismo, dijo el aporreador. Es una revisión médica orientada por el gobierno. Tampoco dudo de que no me hubiesen colocado una especie de chip de control. La pérdida de mi memoria, que achaqué a disímiles acontecimientos, puede tener una justificación mucho más orgánica.

He ido perdiendo recuerdos que fueron mucho más que recuerdos, ahora parecen una gran masa

de nubarrones. Una masa de niebla encima de los signos insípidos en mi vida anterior.

Ya no recuerdo lugares que me pertenecieron en la infancia. No recuerdo a personas que me pertenecieron allí. No recuerdo a mis abuelos. Tampoco puedo encontrar algunas sensaciones. No recuerdo escenas alegres donde mis padres permanezcan ante la cámara invisible del cerebro. No están allí o si estuvieron han desaparecido.

W. cree que es una chorrada de mis amigos. Una excentricidad. Dios no necesita desplegar el poder de esa manera si ya lo tiene de cualquier manera, ¿me entiendes?, de las maneras más simples, menos costosas, nada de esoterismo científico, nada de anestesiarnos con una terapia que desagravia sus métodos clásicos, ¿me entiendes?, a Dios no le importa el método por encima del resultado, en eso es un poco kármico, sabes, necesita que la traslación de sus procesos no tenga fisuras, pero restituir el proceso no va con su ideología, Dios es mezquino y brillante, qué más es, bueno, un hombre con muchas ideas infladas, ideas que se mueven en zig-zag, ideas que abultan sus gustos.

La ventaja de no tener historia, hablo como país, la historia de este país, es que uno tiene más tiempo para pensar, recorrer, las historias de otros países.

No es una gran ventaja, le digo al aporreador, porque al no tener historia, una historia larga y succulenta, entonces debes hurgar muy hacia abajo buscando algo que parezca tu historia.

Poca historia: muchos historiadores, dice el joven poeta. Es como si viesemos ese asunto desde una perspectiva donde al pertenecer, inevitablemente, a un tipo de historia ya no podemos rechazarla, estamos en ella, somos Ella.

Leo porque no puedo despertar lejos de mí. Muero durante unas horas y en esas horas soy usado en el irritante sueño de alguien. Todos pasamos por situaciones así. Quizás interpretemos igual este asunto, pero lo miremos diferente. Tal vez intente creer lo opuesto. A lo mejor porque me conviene. O porque le conviene a todo ser inferior. En eso sí somos semejantes. En eso, y en la derrota. En cómo sabemos que la derrota es el punto inicial de la inclemencia.

Mi vecino es hombre de pocos escrúpulos, de una retumbante esgrima social. No es que posea una ventaja respecto a mí, es que él, aún, no sabe que puede prescindir de esa ventaja para ser lo que es.

Quizás también él es un desterrado. Quizás por eso puedo perdonarlo. Puedo. Lo perdono secretamente, desde un rencor que no pertenece a ninguno de los dos y nos nombra y nos borra. También en silencio.

Ayer pensaba en la derrota. He sido un perdedor. Uno de los que ha ganado medallas con sus derrotas. Medallas que simbolizan la radiografía de mi instinto irracional: así, porque he perdido

después de saber que hay un sendero bifurcado: dos senderos: la victoria, y nuestra fiel e incondicional derrota.

Me he hecho amigo de la derrota, la crié como se cría a un hijo sobresaliente, como se cría a una mascota esencial. He enaltecido a la derrota con mis mejores energías. Le he dado un rostro, un cuerpo, y hasta las palabras. He paseado con ellas por lugares y más lugares, la he presentado a amigos, a amantes, a mi familia, les he dicho he aquí a mi bella y sensual derrota. Ella sonríe. Me ha arrinconado, me ha hecho suyo, al precio de cobijarse en mí con renuente vocación de patrona. Eso: ella me gobierna. Ella idealiza mi esplendidez.

Hasta hace poco desconocía que no le bastaba el sentido de posesión que tiene sobre mí y ha decidido traerse con ella, junto a mí, a sus amistades imprescindibles: la envidia, el rencor, la rabia, la impotencia, los celos. Ahora siento que son muchos a quienes tengo que alimentar, muchos que debo presentar, demasiados a los que darles un rostro y un cuerpo, y me estoy tomando muy en serio ahuyentarlos. Sé que también tendrá que irse con ellos mi hermosa y fiel derrota. Reconozco será muy cruento el proceso de separarla (como dos siameses) porque ella y yo somos casi uno, una misma envoltura de palabras, un mismo padecer.

Cuando al fin se vaya, no dudo que salga en su búsqueda otra vez.

Me paso el día pensando en cómo puedo serle útil a W., sabiendo que quizás intento lo contrario.

Luego busco preguntas que nadie se haría, al menos nadie como yo, que no es una gran excusa para suprimirme las reales apetencias del asunto: encontrar respuestas.

También tengo respuestas, tal vez no las adecuadas, o las justas, pero emergen de mis propios balbuceos como si fuesen las respuestas adecuadas o justas.

Ganarme la vida peleando a favor y en contra de mí mismo. Un trabajo anónimo, para realizarlo debía estar «limpio» en todos los órdenes, y lo estaba, porque este amigo se había encargado de «limpiar» ciertos desarreglos, unas manchas algo visibles. Yo era provocador y provocado, el personaje invisible de una comedia cruel y artificiosa. Nadie debía saberlo, solo mi amigo y algunos de sus superiores. Ninguno de mis otros amigos. Ni mi padre, ni W., ni mi hermana.

Mi trabajo no era un trabajo, más bien me atrevía a llamarlo un anti-trabajo. Quizás porque todos los argumentos (a favor y en contra) necesitaban de mi capacidad para resistir. Resistir me suena muy metálico, pero no consigo a entenderlo de otro modo.

EDD. O sea, Escritor de Discursos para Dios. Escribir sobre temas que resultaran atractivos a

Dios. Si tenía suerte, él ofrecía su arenga, su proclama televisiva o radial, como invento suyo, y a ti te pagaban. EDD. Cinco, o seis navegamos en una cifra que es cambiante, depende de la regularidad con que tus escritos sean admitidos, el impacto público y, sobre todo, hasta cuánto pudieran conmovier a Dios.

También hacía trabajo extra, casi lo mismo, pero en otras circunstancias. Cuando leían en uno de los periódicos más importantes de la ciudad dos redactores ambientados en posiciones políticas muy encontradas, también estaba yo allí, falsificando esas discordias.

Cuando acepté el trabajo pensé en no aceptarlo. Las culpas me perseguirían, me dije, y algo peor que las culpas: el rencor hacia mí mismo, que en realidad parecía una culpa más angelizada por el instinto de supervivencia. Pero acepté y me convertí en un anónimo EDD. Un escritor depredado en el interior de su paisaje.

Nos cuentan como ovejas. Nos experimentan como si fuésemos los especímenes de una usurpada galaxia desconocida.

Un censo, una encuesta, donde debemos decir, nombrar, responder, una caterva de inimaginables preguntas y encrucijadas.

Si soy casado. Si vivo solo. Si tengo un trabajo fijo. Si tengo una doble nacionalidad. Si leo en las noches. Si prefiero la carne de un animal o de otro.

Si prefiero los vegetales. Si tengo televisión y radio, qué tipo de programas escucho, qué música es la que me gusta.

Si un meteorito cae en el patio de mi casa qué debo hacer.

Si me voy a una isla desierta qué me importaría llevarme allá, qué no me llevaría conmigo.

Comienzo mis respuestas por aquí. Siempre he vivido en similitud a esos símbolos, con la estrepitosa diferencia de que no puede tener o no tener conmigo lo que no deseo.

He sido ruidoso y eso me obliga a desenfundar ciertas precauciones. Quiero que el salto atravesase la carroña pero puede ocurrir lo contrario. Es mejor la lentitud.

Yo soy lo que quiero tener y lo que no quiero tener en esa isla desierta.

Si la reencarnación existiese en qué me gustaría regresar a nuestro país. Subrayan nuestro país, y supongo que no debe ser lo mismo una reencarnación en otro país, al menos para ellos, para quienes inventan estas preguntas.

Una piedra. Un tórrido personaje de Shakespeare, pero sin que Shakespeare exista. Un fárrago atestado de gatos. Una florecilla masculina, azul o verde, no solar. Un ladrón de humo. Un mochuelo destripador de ratas. La oreja de alguien que se parece a Van Gogh desde la reencarnación.

Describe el paraíso. Describe el infierno.

El paraíso debe ser una pradera con podridos lectores de las noticias del infierno. El infierno debe

ser lo opuesto. Como no hay sitios intermedios, el purgatorio es más penitencia que la fragancia de un lugar y de otro, me voy hacia un arroyuelo casi inerte a despojarme de mi primitivo karma y de mis procelosas imperfecciones.

Si sería capaz de enfrentarme a alguien en un duelo. Por qué o por quién aceptaría ese duelo. Qué arma escogería. Si sería capaz de hacer trampas y disparar cuando el enemigo estuviese de espaldas.

Depende. Depende de las circunstancias de ese duelo. Depende de que esté dormido, o que mi hemorragia de vida se convierta, o se esté convirtiendo, en una arteria al suicidio. Depende de si puedo llevar una mejor arma que mi rival. Depende de si no tengo que defender algo que me importe o algo que me obligue a importarme. Depende de si puedo hacer trampas y disparar al enemigo cuando esté de espaldas.

Qué otro país te gustaría visitar. Si en viaje a ese país, el avión en el que vas sufre una avería en vuelo y tienes que lanzarte en paracaídas y caes en una aldea de caníbales, de caníbales hambrientos, y desde ese fatal instante presumes que serás, sin objeción alguna, su cena especial, qué les dirías para salvarte.

Mi reconocimiento de los éxodos es trenzado por una irrisoria señal de tatuaje. Como una sífilis geográfica. Como una huida ojerosa. Es la silueta pálida de mi único viaje: el que no ocurre.

Debo ser más ajustado a las reglas, me sugieren. Que diga un país. Un país. Es que ellos no entienden

que mi mapa está inundado de extrañas colinas, de unos imposibles y mojados rastros de piedras, de umbrales enfilados por caminos de nieves. Un país. Bélgica. He conseguido matar a diez apaches, cuatro gurkhas, ocho vikingos, tres cosacos, de un solo tiro.

Voy a Bélgica y el avión bambolea en el aire, y yo, que temo a las alturas, a todas, ya he aprendido a deslizarme afuera con un paracaídas, a deslizarme como si me lanzara desde la puerta de una habitación hacia el jardín. Estoy ante caníbales famélicos. Si mi pretendido viaje es a Bélgica, eso me hace suponer, un cálculo cargado de errores de posición, que el mencionado avión experimentaba un trayecto extenso y curioso, bordeaba la Amazonía, luego Nueva Guinea o las islas australianas. En cualquiera de esos sitios están los caníbales, estoy yo. Qué haría para salvarme. Presumiblemente les hablaría del paraíso, que vengo de allá, por eso soy un ser diferente (no comible, por demás), ellos han oído hablar del paraíso, pero no lo necesitan. Y entonces no habrá remedio y tendrán que meterme el diente, cosa que no les aconsejo, si es que los escrúpulos no están entre los modelos antropófagos.

Si cae un meteorito en el patio de mi casa pues estaré muerto para hacer alguna cosa, al menos entre los vivos, entre los muertos no sé, tal vez montarme encima de ese mismo meteorito y esperar a que despegue como si fuese una nave espacial y perderme a años luz (a vidas luz), lejos, hasta el lugar donde nacen los meteoritos.

Mi hermana también ha perdido su nombre. Para mí un nombre es una falsa definición de parentesco y en estos asuntos soy más escrupuloso que la mayoría. Sigue siendo la esposa de un infame militar que rinde hiperbólicas obediencias a Dios y sus compinches. Siempre no fue así, tampoco siempre fue mi hermana. Tampoco antes hubo algo parecido al inicio de todo. Tampoco existía Dios.

Mi hermana cree en Dios, a su manera, o a su conveniencia. Dios no me conoce, o no le importa, a mí tampoco me importa conocerlo, aunque sea uno de sus servidores más inexpugnables.

El sepulturero me confiesa que un día se acostó con mi hermana. No es el único. El aporreador y el joven poeta también se acostaron con ella. Es el síntoma nacional: todos se acuestan con todas.

Yo también me acosté con mi hermana. Comenzó cuando éramos muy pequeños y a mí me pareció lo más común del mundo. Aún hoy lo es, aunque algunos distiendan de mis suposiciones.

Ocurrió hace demasiados años, pero recuerdo con nitidez los quejidos de ella mientras yo penetraba, desgarraba, su núbil vulva. Quejidos y luego el sanguinolento trazo de su inocencia perdida, y la mía además.

Lo suponíamos un juego, un juego de roles, una batalla de género. Once años yo, ocho ella. Fue cuando descubrí que placer y dolor iban a estar unidos en nuestras vidas, la mía y la de mi hermana, como dos núcleos inseparables.

Mi madre no soporta vivir lejos de lo que le ha hecho no vivir por años de años. Esa actitud es incorregible y natural. Yo pensaría como ella de ser ella ahora mismo. Ahora mismo, no antes. Antes no habría actuado como ella lo hizo. Eso no me hace peor o mejor.

Ningún vínculo sentimental tiene con la ciudad y el país al que se ha ido. Solo odios bien disimulados.

Quizás abre los ojos todas las mañanas y lo que ve es lo que no ve. Las piezas no están en su lugar, se sabe.

Siempre estamos en el exilio donde quiera que estemos.

Nos dedicábamos a fotografiar nubes. Un día el sepulturero se aparecía con las mejores, pero eso cambiaba. Otro día era el joven poeta, y en las menos llegaban imágenes que capturaba el aporreador. También W. ha traído algunas fotos. No buenas, no malas. Intenta ser la novia complaciente, y eso la obliga a un ritmo que esté cercano a mi ritmo. El resto de las mujeres podrían estar decepcionadas, ella percibe un ínfimo consuelo, para mí se convierte en mucho menos. Temo a la pérdida de W. del mismo modo en que detesto lo que a ella me aproxima.

Para perderme más allá de mis perdiciones diarias deambulaba por los sitios que desconocía, lugares espasmódicos, donde los espectadores,

mis espectadores, eran mis propios semejantes. Caminaba agriado por las pesadillas nocturnas, lo que provocaban después, sueños en los que mayoritariamente me convertía en prisionero de cárceles espantosas, víctima de coreografías carcelarias de una tenebrosidad incalculable. Las pesadillas se alternaban, crecían entre sí, como si fueran historias seriadas que desfilaran por el vídeo de mi vida, o de mis sueños. En una yo estaba condenado a desaparecer en una cueva de tiempo, en la que los carceleros, mis captores, todos jugaban (si es que era un juego) a desfigurar la supuesta diacronía lógica de los años, a cegar la poca cordura que me alimentaba, haciéndome creer que habitaba yo entre rejas, entre albañales, como un purulento criminal, cientos de años antes de este siglo real, caótico pero real. Otra pesadilla consistía en un viaje, un viaje de prisionero, cada día, o cada noche, la imprecisión es razonable, en algo que se movía y que yo no sabía definir con un nombre, tal vez porque me era audible el mar, lo que en el sueño asemejaba los ruidos de las olas o alguna gaviota, o de alguna sirena de barco, me arriesgaba a creer que fuera un submarino, o la escotilla de un buque, o una ballena, en fin, mi sueño era un sueño normal, como un sueño donde cualquier hecho sería posible. Se alternaban distintos personajes, o como acompañantes de mi encierro, o como guardianes. La última pesadilla, y la peor, aquella

que podría resumirlas a todas, era, por novelesca, a la que más temía. En ella yo estaba condenado a desaparecer pedazo a pedazo, arrancándome jornada a jornada partes primordiales de mi cuerpo que los carceleros echaban al mar como prueba de prepotencia, o de indolencia, o de magnanimidad, mientras mi mente forcejeaba con ilusiones recónditas y me hacía revivir (o vivir, que era el grado honesto de esa metáfora subliminal que se encarna y descarna en los sueños, por oscuros y desproporcionados que sean) una vida que no llevé y que ya no llevaría, con una familia, con un hijo, envejeciendo apaciblemente como cualquier ciudadano rutilante y estándar y no como un inadaptado e infeliz delincuente. A veces las pesadillas se mezclaban, los personajes que habitaban en una aparecían en otra, sin que yo pudiera sentirme libre de ese puzle travieso que mi subconsciente armaba.

Al principio creí que las pequeñas (o grandes) cicatrices que pululaban dentro de mí eran la causa de esas pesadillas, y permití buscar con vaguedad en símbolos que podrían unir una y otra cosa, o sea, los núcleos de los sueños, sus historias, sus personajes, con aquello que pedregosamente sería mi existencia.

Decidí que lo mejor sería cambiar de aire. Uno cree merecer siempre un cambio, y el cambio no siempre equivale a transformación, necesitaba escapar de mis manías, de imágenes repetidas cada día, los paseos con un destino prefijado, el aburrido trabajo que me

ordenaba como escritor cero, o escritor negro para algunos. Pero el paraíso también es subterráneo como el infierno.

Sobre venenos habla Dios esta noche. A la larga solo existen dos tipos, anuncia, los que asustan y los que matan.

Dios aparece rodeado de ratas de laboratorio, animales tímidos, apacibles. Dios está dentro de una jaula. Su pose es tan falaz como ridícula: rodeado de ratas, él vestido como un ampuloso científico, guantes, espejuelos y una gigantesca bata azulosa. Dios tiene en sus manos una rata y dos frascos, dos pócimas, no hay diferencias notables, quizás una leve franja más gruesa en uno de los frascos. Obliga a la rata a beber una de las pócimas. El animal se resiste pero termina sucumbiendo ante la fuerza de su verdugo. Luego revolotea y se agazapa en un rincón de la jaula, casi estático, temeroso. Asustado.

Este el veneno que asusta, proclama Dios, su efecto es tranquilizador, pero al mismo tiempo te crea otras sensaciones, la más importante, miedo.

Veo la débil figura del animal y me veo allí. Me veo absorbiendo el líquido del otro frasco. Me veo contorsionado por un dolor agudo y tético. Me veo muriendo como lo que inevitablemente también soy.

W. entiende que para ella ha sido más difícil de lo normal. Trabaja cuidando a dos viejitos. Limpiar mierda, vómitos, las secreciones de los ancianos.

Soportar lo que centellea en el asco. No sabe por qué sigue donde sigue. La mierda de los viejitos se transforma en unos pocos dólares al mes, según la cantidad.

Esa es la filosofía de la transformación: cambiar mierda por dinero. La filosofía, si se observa bien, de todos los tiempos. Con otro embalaje, con unas contingencias mercantiles diferentes, pero siempre se trata de lo mismo: cambiar la execración por monedas.

W. huele bien, pero estoy seguro de que un día olerá a los ancianos que cuida. No es su culpa, tampoco la mía. Quizás para entonces se dé cuenta que deba abandonar. A los viejitos, o a mí.

Se lo he dicho. Mis relaciones son tan pasajeras como para que no crea en lo contrario.

Me iré cuando no me encuentres atractiva, me ha dicho.

La verdad, la verdad que escondo ante ella, es que nunca la encontré atractiva, menos después de saber cómo conquista sus ganancias. La verdad es que no encuentro a nadie peor para compartir. Peor aún que yo mismo.

Mi vida es rústica. Dispongo de su velocidad, aunque no sepa hacia dónde va o cuándo termina. Ahora me sumerjo en la prolongación de un contagio inevitable, como si mi realidad estuviese barnizada por los mismos tonos y similares contrastes a mis pesadillas.

Dejo de beber por unos días. Invento algo parecido a rezar, hablo con una deidad indescifrable,

deidad a la que nunca me interesó molestar para asuntos que tal vez no fuese conveniente que escuchara.

Le pedí disculpas al no asumir sus gestos olorosos a salmos y versículos, por haberla evitado con precauciones que rozaban lo indecoroso. Le dije: sí, soy un cerdo, un cerdo decente, pero un cerdo con cierta cultura, un cerdo que adora todo lo prohibido.

¿Sabes cuántos cerdos pululan con rostros de hombres felices, de hombres elocuentes y distinguidos, de hombres con fortuna, sabiendo o no, que son y van a seguir siendo cerdos?

Esa por lo menos era mi distinción: reconocer la puntualidad de mi tragedia.

Material químico para perpetuar la soberana indolencia de los cerdos.

Un cerdo que morirá como los otros cerdos, pero sin obligarme a saber que pudiera ser diferente de haberme convertido en un cerdo atroz, un cerdo espía.

Todo recuerdo de una vida que pudo ser diferente me contorsiona. Soy un ser vivo, por eso hablo como un muerto. Como muerto que no aspira a perpetuar su legitimidad porque la legitimidad es la razón de su miedo.

Como un muerto que se arrastra hacia su íntima rusticidad.

He vuelto a soñar con mi hermana. Era un sueño acuoso, de la manera en que puede ser acuoso un sueño.

Desperté y la sensación más palpable era de que aún seguía en el sueño. Y lo estaba. Tal vez uno lo desconoce con impía sencillez pero los sueños le ganan la partida a la realidad. Es como un match de fútbol con un tanteador de 3 a 0. No hay posibilidad siquiera de empate. Las posiciones no se pueden invertir.

¿Cuál es más fuerte, la hermana de mi sueño o la real?

Mi hermana llama en la tarde para anunciarme que voy a ser padre. Lo seré dentro de unos ocho meses. Es mío y no del militar. Todavía no lo es, le advierto. Puede ser de otro. Es tuyo, dice rabiosa, la futura madre de mi hijo.

Más tarde, cuando ya no hablo con ella, me pregunto si, realmente, me importa tener un hijo, un hijo engendrado con mi hermana.

Busco en mis amigos un intercambio de dudas. Para ellos es normal (aunque en este país todo es normal, pienso). Ni una cosa ni la otra. Si llega un hijo, bienvenido, si no llega, todo seguirá como mismo.

Así opinan, así debo creer yo. Mis amigos no saben que mi hermana será la madre de mi hijo. Quizás no sea tan importante que lo sepan, pero omito la información.

Solo lo sabremos ella y yo. El niño no podrá saberlo. El niño, para los términos oficiales, será hijo de un militar, y como un buen hijo de militar, seguirá los pasos rigurosos de su padre, y se convertirá en un militar de Dios, y tendrá hijos (que

podrán ser suyos o no, pero que al final serán sus hijos) militares, por los tiempos de los tiempos, hasta que nadie tenga hijos o hasta que no exista lo militar o, simplemente, hasta que yo le diga a todo el mundo que mi hermana y yo vamos a tener un hijo.

Desde lejos se ve más y te ven menos. Probablemente estas son las palabras que yo hubiese querido escribir como consuelo por vivir donde vivo, pero también desde lejos me oyen menos, o no me quieren oír.

Como una partida de ajedrez donde el absoluto (el detalle del absoluto) está más allá de esos trebejistas agrietados por un recurrente pleito mental. Desde afuera se depredan posibles variantes, las estrategias incandescentes. Desde lejos gano. Desde lejos no puedo involucrarme sin arriesgar. Es ínfimamente individual mi destello: no me ven, no me escuchan: no pierdo. Tampoco gano, es la verdad. Estoy allí, aquí, como un fantasma, uno de los tantos fantasmas que nos rodean.

¿Qué se ve mejor desde lejos, lo bueno o lo malo?

Quizás ocurra lo que no deba ocurrir. O quizás responda lo que parece ilógico que se responda.

Desde lejos, o sea, desde el sitio en que me encuentro, lo bueno y lo malo se observan de una misma manera. Son dos puntos apagados. Dos puntos demasiado parecidos como para que se vean, y sean, diferentes.

Las fotos que trae el joven poeta parecen la de un glaciar argentino. Cerúleo y cascado.

Para él no es más que una nube con forma de buitre.

Su intuición es imprecisa, pero está orgulloso de haber encontrado la adaptación (o simulación) de sus frustraciones con la poesía.

El hombre genera su propia ficción, eso es cierto hasta la mitad. Hasta una presumible mitad. La ficción es enfermiza porque reproduce un estado de curiosa reprensión.

El joven poeta ha hecho otras fotos, no de nubes, andaba por algunas de las callejas de la ciudad y se encontró rostros que le parecían rostros desfigurados por la placidez.

Estaban fantaseando con eso, le hice saber, con la remota contingencia de que la felicidad se acordara de ellos.

No es tan así, replicó. Todas las expresiones tienen un significado imposible de ver, los ojos no lo pueden distinguir; sin embargo, una foto descubre lo que esa foto oculta.

Dice que se trata de excusas. Una foto se convierte en la más suspicaz de las declaraciones del arte porque altera la memoria de esa imagen.

Era obvio que debía creerle. Pensé en que la noche era más larga para algunos, pero entonces tuve que admitir, y sin muchos argumentos, que aquello que llamo noche es cuando más un color personal, una distancia procelosa, el lugar donde uno viene a esconderse.

Esa idea no huele bien. Es cuestión de colores, dice el joven poeta. Tampoco importa que huelga bien. De cualquier manera, la noche y el día siguen siendo inventos, falsificaciones.

Mi hermano, que me evita con desmadejadas justificaciones, le ha dicho a uno de mis amigos (el sepulturero) que yo llevo la vida escurriendo mi duelo con él.

Mi hermano es un fugitivo de la tragedia clásica, no un perdedor hermoso como yo. Nuestro duelo es solo un pasaje escamoteado por una película chirriante.

Me he librado de distracciones más familiares y eso para él es un síntoma de que, aún, no estoy a tiempo para tomar las armas. Un lobo contra un conejo. Depende de las circunstancias saber cuál es uno y cuál el otro. El conejo es más fuerte si sabe evadir la trampa que el lobo le prepara. Si la evade ya le ha vencido. Eso pasa con los fuertes, tal es su desventaja.

Un duelo imperceptible que se prolonga y en el que mi hermano posee un arma superior: su enemistad con mi hermana. No por culpa del militar, ni por culpa de nuestros padres.

Estoy seguro que mi hermano soñó con acostarse con nuestra hermana. Tampoco puedo asegurar que no lo haya hecho. Lo conozco para saberlo. Lo conozco y, por eso, evito o, prolongo, el inicio del duelo.

El extravío de Dios llega a una cima incomparable. Sus sermones televisivos (un show diario en el cual

es presentador y estrella invitada, y a veces lo que expone viene de mi facultad como EDD, y que el violenta y versiona como entiende) son la muestra de que ese delirio paranoico se vuelve cada vez más agresivo y hasta risible.

Su cacareada historia de cómo creó nuestro mundo ahora se transforma en un aluvión de discursos insuflados por una aureola doméstica. Cómo comer chocolate sin que ello desequilibre su *Metodología para el equilibrio calórico*, o *Cómo caminar apoyando más el pie izquierdo* (y por su postulado de que ese pie es el del corazón, un pie que necesita favorecer la propulsión rítmica de las válvulas cardiovasculares), o ese en el que daba orientaciones de cómo memorizar algunos de sus discursos anteriores.

Tales sermones ocurren casi a diario, y casi a diario hay apagones de electricidad, y, sin embargo, nunca coinciden. Ese es, para mí, uno de los enigmas más sulfurosos de estas tierras.

Este es el año cero para mí. Por un instante supuse que mi vida actual no era demasiado larga, sino una vida alquilada a otras vidas: un vacío de sucesiones (no una sucesión de vacíos, la ficción de los personajes que gravitan dentro de mí, sin un rumbo).

Parece que ese año duraba varios años, que un día significaba tres, cuatro, o hasta cinco. Acaso solo falseaba una obediencia que, a la misma vez, se oponía a mi espíritu.

Entre mis deseos y mis frustraciones, entre mi forma de persistir y lo que me abre en dos a cada paso, siempre caen las mismas imágenes: una irrecuperable niñez en la que fulguran los fragmentos, la crudeza de mi padre, o de mi madre en determinada ocasión, mi idea de otra familia, una idea, más que incompleta, borrosa, en fugaz desintegración (esos esbozos a las veleidades que azotaron a mis abuelos), mi hermana, un lugar donde yo ya encontraba retorcidas las explicaciones; mi relación con las cosas perdiéndose, o en un naufragio inminente.

W. me ha iluminado el día. Tal vez sea por mi abstinencia obligada. El sexo es una exageración de nuestro instinto cultural.

¿Con cuántas mujeres me he acostado, con cuántas he emprendido vuelo?

Fingiré respuestas, y más tarde plantaré bandera en tema tan indulgente.

Una vez, alguna de mis amantes me hizo la misma pregunta.

Hubiese preferido, lo confieso, descartar la decadencia de mi instinto (de mi instinto cultural). Cuando una mujer hace preguntas así, su ignorancia escarnea lo carnal del velo.

Con cien, con mil. Con más de cien, con menos de mil. De cualquier forma estaba exagerando. Si hubiese dicho dos habría exagerado. Y la mujer, la mujer común, no soporta la competencia numérica del sexo.

Para mí es divertido compartir la pólvora con muchachas que ni siquiera sabían que formaban una lista voluminosa y diseñada como filosofía mercantil.

Fueron otros tiempos. También me acostaba para entender la política de las relaciones disparejas: algo así como que yo podía reconocer, perfilar, el discurso de Aristóteles, o una pintura de Ticiano, y la que estuviera a mi lado solo enhebrara diálogos de bisutería romántica.

No solo las inteligentes tienen derecho al sexo (al sexo de uno), ni tampoco conocer a Aristóteles o Ticiano te hace un genuino *maître* de alcoba.

Ni una cosa ni la otra. Lo oculto es lo que demuestra una implacable especulación de sentimientos. Ese es mi atuendo. Mi móvil de caza. Como una escurridiza serpiente que ataca a víctimas indefensas o apacibles. Mi escenario no es la selva donde, en la estampida, en la vacilación de la estampida, se captura a la presa. Soy una serpiente. Una serpiente filantrópica. Y extraño las maneras más corruptas de parecerme a mis víctimas.

Un sueño estropeado por sus márgenes. Siempre quiero que los sueños sean más terribles que la realidad. El ruido del sueño es una alianza de paisajes negruzcos. Una piel vacía, un tiempo vacío. Me veía (me veía, y para remarcar los hechos, lo sentía) en cruentos destierros. Borrosas imágenes se transformaron en refulgentes imágenes. Desterrado a lugares que no vi, países herrumbrosos, civilizaciones